

A través del espejo

Breve prólogo a Daumier I

Hugo Hiriart

Las relaciones entre el arte y la política despiertan a menudo opiniones encontradas, apasionadas, coléricas. Es curioso que se formen bandos contendientes cuando se trata de estas interconexiones y no, por ejemplo, cuando se consideran las del arte y la religión. Nadie le reprocha, digamos por decir a alguien, a Lope de Vega haber escrito versos como:

¿Qué tengo yo, que mi amistad procuras?
¿Qué interés se te sigue, Jesús mío,
que a mi puerta, cubierta de rocío
pasas las noches del invierno oscuras?

En cambio, a algunos puede parecerles incomprendible o levemente monstruoso que Miguel Hernández, por mencionar a alguno, haya escrito versos como:

En la mano los fusiles
leones quieren volverse:
para acabar con las fieras
que lo han sido tantas veces.

O que Mayakovski haya puesto su pluma al servicio de la Revolución rusa o Neruda le haya cantado a Stalin. Los vértices de esta polémica son palabras como “propaganda”, “compromiso”, “pureza”. De entrada hay que decir que si la discusión es acerca de si una institución, cualquier institución, tiene o no derecho o buenas razones para “encauzar”, “prohibir”, “limitar”, “aconsejar”, “alentar”, o “reprimir” el trabajo de un artista, la respuesta será un rotundo no. Pero esta vertiente de la cuestión es casi tonta, obvia (hecho que, como todo mundo sabe, no le ha impedido alcanzar proporciones dramáticas). El punto de la cuestión, si lo hay, es el de las funciones morales y sociales del arte. Aquí, creo, sí puede



Honoré Daumier, *Los amantes del grabado*, 1860

haber miga. Parece difícil eludir o escamotear el hecho de que el arte tiene funciones morales y sociales más o menos claras (no podemos olvidar que aun los surrealistas fueron moralistas apasionados). ¿Cómo abordar este problema? Probemos por algún lado.

Hay quienes sostienen la posición extrema de que el arte no ha existido siempre, que no es más que una invención de nuestros tiempos. Por ejemplo, Marcel Duchamp dice: “las personas que hablan de arte lo han hecho algo funcional diciendo: el hombre necesita el arte para remozarse. [...] No hay sociedad sin arte porque son aquellos que lo miran quienes lo dicen. Estoy convencido de que esa gente que hacía cucharas de madera en las selvas del Congo, que tanto admiramos en el Museo del Hombre, no las hacían para que fueran admiradas por los congoleños [...] Los fetiches y las máscaras eran esencialmente religiosos. Somos nosotros, en nuestra propia satisfacción. Hemos creado esas palabras para nues-

tro exclusivo y privativo uso: es algo que se parece a la masturbación”.

Bueno, sin caer en esas desmesuras, aceptamos la parte de revelación y verdad que hay en las palabras de Duchamp.

Se dice que cuando el arte perdió sus funciones religiosas y cortesanas, es decir, cuando se acabaron los reyes y las cortes, cuando los burgueses tomaron el mando y nació la época moderna, surgieron unos extraños personajes, los artistas, los artistas tal como estamos acostumbrados a verlos, esos tipos alzados y extravagantes, gente con aire de saber secretos, gente despreciadora del vulgo, burgués o proletario, que no entiende el arte. En otros tiempos esos seres no existieron. Hay que ver cómo hablaban, por ejemplo, Bach o Mozart (y fíjense de quiénes estamos hablando) a los príncipes que se dignaban emplearlos. Es un lenguaje de perro echado y reverenciador, casi incomprendible para nosotros (¿podemos imaginar un lenguaje así en boca de Miró o de Bartók?). Todo eso se vino abajo en el siglo XIX. Entonces el arte se quedó sin funciones claras, no tenía a quién servir ni a quién atender. Como consecuencia sucedieron varias cosas. Los antiguos artesanos se cambiaron la máscara y se aferraron a sus trabajos. Apareció la bohemia, la pobreza heroica y despreciativa, apareció la idea de *genio* (empleada muchas veces de modos absurdos), los artistas melencólicos se sintieron ajenos a su época y se volcaron hacia un arte destilado y puro. Atrás habían quedado los tiempos en los que un artista era el intérprete de su comunidad, era, nada más y nada menos, una persona capaz de hacer bien, a veces muy bien, su menester.

Estas consideraciones generales constituyen el prólogo; en próximo número vamos a entrar en materia. **U**